

y huir de aquellos deleites, que antes tanto buscaba, y buscar aquellas mortificaciones y penitencias, de que tanto huía. Dióle juntamente aquel recuerdo, que dió san Remigio al rey Clodovéo, cuando se convirtió a la fé de Jesucristo: *Adora, quod incendisti: incende, quod adorasti.* (BARON. ANNO. 490.) Señor, si quereis gozar los frutos de una buena conversion, es preciso que adoreis lo que encendisteis y abrasasteis; esto es, la cruz: y que queméis lo que adorasteis; esto es, los ídolos.

Finalmente, entrándole en los Ejercicios Espirituales, le encaminó por la via del espíritu, y le dió á meditar aquellas solidísimas verdades de la fé, que bien entendidas y rumiadas tienen admirable eficacia para purgar y limpiar el alma de los afectos viciosos, y disponerla á las virtudes perfectas. Así se vió en este felicísimo caballero, que se dió todo al estudio de la imitacion de la vida ejemplar de Jesucristo.

Lease el cap. 23. del lib. 3. de Tomás de Kempis, que es: De la abnegacion de sí mismo, y renunciacion de todo apetito.

LECCION X.

DE LA VIDA Y DOCTRINA DE JESUCRISTO.

Dh, cuantas obligaciones tenemos al Salvador del mundo, que diciendo: *Ego sum via:* Yo soy el camino, nos libró de todas dudas y fatigas de buscar la senda verdadera, para dirigirnos y llegar con toda felicidad y seguridad al término, que es gozar de Dios! *Filius Dei* (dice S. Agustin) (SERM. 55. DE V. D.) *assumendo hominem, factus est via. Ambula per hominem et pervenies ad Deum.* Si el Verbo divino hubiera bajado á la tierra solamente para descubrirnos con su celestial Boca los misterios de la fé, y revelarnos á viva voz, de un lado los caminos de las virtudes, que guian al cielo, de otro lado los precipicios del pecado, que llevan al infierno, hubiera bastantemente cumplido con el encargo de perfectísimo Maestro, pero quizá no con el oficio de amantísimo Salvador: porque la menor parte de la enseñanza, que Cristo nos dió, fué el predicar y decir, respecto de la otra, que fué el hacer y obrar.

Siempre que convidaba á cualquier difícil empresa, no decia á sus discípulos: oid, haced; pero sí, yo os he dado ejemplo, para que vosotros hagais lo que yo he hecho: *Exemplum dedit vobis, ut quemadmodum ego feci, ita, et vos faciatis.* Aprended de las obras de mi Mano, aun mas que de las palabras de mi Boca. Si les exhorta á beber un caliz algo amargo, *potestis bibere Calicem;* al punto añade, que él quiere ser el

primero á ponerlo en sus Lábios: *Quem ego habiturus sum.* En suma, hacia puntualmente como el aguila, que queriendo amaestrar á sus tímidos polluelos á volar, descoge ella primero las alas, y dá uno y otro vuelo al rededor del nido: *Sicut Aquila provocans ad volandum pullos suos, et super eos volitans, expandit alas suas.* (DEUT. 32.) Ni solo somos convidados por Jesucristo á esta imitacion, sino tambien estamos obligados por el Eterno Padre, que ha decretado infaliblemente, que los escogidos sean conformes á su imagen: *Praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui;* y esto só pena de ser reprobados y excluidos del cielo.

Haciendo reffleccion sobre este punto san Ignacio, procuró siempre con gran cuidado copiar en sí mismo la vida de Jesucristo, de suerte, que decia: Si me propusiesen dos caminos, que igualmente me llevasen al cielo, uno de delicias y honras, otro de ignominias y mortificaciones, antes escogeria yo este del padecer, por seguir mejor las pisadas del Salvador Jesus. Y cuando queria animar á alguno á obrar bien, no sabia traerle otro argumento mas fuerte, que decirle: Así obro Cristo, así padeció Cristo, así honramos é imitamos á Cristo. Y ciertamente salió tan felizmente parecida la copia al divino original, que era dicho comun, que ver á Ignacio, era lo mismo que leer el libro de Tomás de Kempis, de *imitationi Christi.*

Ahora, pues, veamos en la niñez de Jesus la observanciá de la divina Ley, y la obediencia á sus Padres. Apenas nacido, ante todas cosas quiso cumplir la dura Ley de la Circuncision, á que no estaba sujeto, por ser concebido de Madre

Virgen, y sin pecado original. Ni le detuvo el dolor de la herida, que debia sentir en su delicadissima carne, ni la mengua de su reputacion, viniendo á recibir la marca y el hierro de peccador, siendo el Candor de la eterna luz, y Fuente original de la santidad. Pero le apremiaba el ardor de la caridad, impaciente de esperar á redimirnos con su Sangre en la cruz, ansioso de anticiparnos á nosotros con sus heridas la salud, y á sí el glorioso nombre de Salvador. ¡Y qué diémos de su obediencia, que puso espanto al cielo y á la tierra? Los sagrados Evangelistas no nos dicen otra cosa de la vida del Redentor, desde el año doce, hasta los treinta, sino estas tres misteriosas palabras, que han dado tanto que pensar y discurrir á las almas contemplativas, y á los sagrados Doctores: *Erat Subditus illis.* Estaba Jesus sujeto á la Virgen Maria su Madre, y á su Padre putativo José. ¡Qué entendimiento podrá jamás comprehender, quién es aquel que obedece, y quién son los que mandan y son obedecidos? ¡El Angel del gran consejo, la eterna Sabiduria, la Omnipotencia infinita, la Providencia soberana, está pendiente de la voz, de una seña, ó guiñada de una pobre doncella, y de los mandatos de un humilde carpintero? ¡Y en qué se muestra esa humilde sujecion? En ayudarle con el sudor de su rostro á ganar el pan, que ha de comer, en ejercitar viles ministerios en una oficina, ya recogiendo las hastillas, ya haciendo otros pequeños empleos, que le mandaba su padre, ya cortando, ya accepil'ando. ¡Y á qué fin habita tan de espacio en la pequeña casa de Nazareth, el que habia bajado del cielo para enseñar al mundo? Sin duda para abrir una nue-

va escuela, en que el divino Maestro leyese las primeras lecciones de la celestial Sabiduría, é instruyese en la ciencia de los santos á todos los que entrasen con el pensamiento á ver la obediencia, pobreza y abatimiento del Hijo de Dios.

Esta tan despreciada y tan larga parte de la vida del Salvador, que fueron los diez y ocho años que vivió oculto y desconocido en Nazareth, pareció á los santos Doctores estar llena de misterios, abundante de maravillas, y fecunda de toda perfeccion. Las otras obras que sabemos de Cristo, de los primeros dias, y de los últimos años de su vida, el Nacimiento en Belén, la huida á Egipto, el ayuno de cuarenta dias en el Desierto, la humildad del bautismo en el Jordan, sus divinas palabras, los estupendos milagros, los innumerables beneficios repartidos por toda la Palestina; y finalmente, la dolorosa é injuriosa passion en Jerusalén. fueron, (como dice san Gerónimo) un continuo esparcir varias y preciosas perlas, ya de una, ya de otra hermosa y lucidísima virtud. Pero que la Luz del mundo (que así se llamó Cristo: *Ego sum Lux mundi*) estuviese diez y ocho años escondido en tanta obscuridad de casa pobre, en tanta obediencia á un oficial, en tanta abjeccion de un vil empleo, sin dar muestra alguna de lo que era, lo que podia y lo que sabia; este es sin duda aquel tesoro escondido en el campo, de que habla el Evangelio: *Quem qui invenit homo, proe gaudium illius vadit, et vendit universa, quae habet et emit agrum illum.* Dichoso el que se ve con atenta consideracion hallar este tesoro, escondido en su humildad. Pero mucho mas dichoso el que con el desprecio de las riquezas terrenas sabe comprar-

lo, y enriquecerse con sus preciosísimas virtudes. ¡Y quién se atreverá ya á tener por viles las acciones humildes, por abatida la obediencia, y por despreciable la pobreza, viendolas tan ennoblecidas por la Sabiduría encarnada, y tenidas en tanta estimacion y amor? Cuando no tuviesen otro valor, ni otro premio, han llegado á ser gloriosas y divinas por solo este título de haberlas ejercitado el Señor de la gloria, de haber vivido en una pobre casilla el Monarca del mundo, de haberse humillado á la esfera de siervo de un pobre oficial, el Unigénito del Eterno Padre.

Este ejemplo del Rey del cielo ha persuadido á los Emperadores y reyes de la tierra, los Teodosios, los Lotarios, Los Carlo-Magnos, á trocar los palacios reales por unas estrechas celdillas, la púrpura imperial en una basta túnica; y cambiar el gobernar con el cetro, en tejer con sus manos esteras; y el gobierno de los pueblos en apacentar una manada de ovejas: *Et de contemptu gloriae gloriosius sublimari, et sublimius gloriari.* (como dice san Bernardo) (EPIST. 113.) Este ejemplo movió á las emperatrices y reinas, las Cunegundas, las Ineses y las Matildes, á dejar cuanto grande tenían en el mundo, por conseguir aquel poco ó nada, que miraban en Cristo; á tener por gloria el remendar sus andrajos; el hilar; á hallar mayor gusto en la voluntaria falta de todos los bienes terrenos, que en la abundancia que antes gozaban; y así respondian á quien las zaheria, como á almas viles: (como dice el mismo santo.) Mi reino no es de este mundo; mi gloria está escondida con Cristo: *Regnum meum non est de hoc mundo; gloria meae abscondita est cum Christo.*

Después de la dilatada vivienda en tan escondido porte, salió Jesús á la campaña á combatir con el enemigo, y hacer prueba de sus divinas virtudes. Los primeros pasos fueron al Jordán, para recibir de su Precursor Juan el Bautismo, poniendose en medio de los pecadores, y empezar sus gloriosísimas empresas por un acto heroico de humildad. Pero cuanto mas él se abate con mostrarse pecador, necesitado del Bautismo; tanto mas el Eterno Padre le ensalza desde el cielo con aquellas magnificas alabanzas: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.* De aquí se retira al desierto, guiado del Espíritu Santo, donde con admirable providencia, por abatir y vencer al demonio, toma las armas contrarias á aquellas con que él habia vencido y derribado al primer hombre: *Ut diabolus, in quo vicerat vinceretur.* Con la destemplanza de la gula habia quedado herido y desbaratado Adán, por la infernal serpiente, en el paraíso terrestre; y con el ayuno el nuevo Adán recobra la batalla, y pone en desconcierto y fuga al demonio en el campo del desierto. Ni dejó el cruel enemigo de usar todas las artes, violencias y engaños.

La primera tentación fué de gula, persuadiéndole convertir las piedras en pan, porque no continuase el ayuno: *Si Filius Dei es, dic, ut lapides isti panes fiant.*

La segunda fué de vanagloria, porque llevándole sobre el pináculo del templo de Jerusalén, procuró inducirle, que se arrojase abajo: *Mitte te deorsum,* para que la gente, viéndola volar por el aire, le aplaudiese, como obrador de milagros.

La tercera fué de avaricia, ofreciéndole todos

los reinos del mundo, si de rodillas le adoraba: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Pero fueron vanos todos tres asaltos; porque el Salvador con solas tres palabras de la sagrada Escritura, como con armas fortísimas, le rebatió, venció y triunfó. Aquí los ángeles, que atendían con pasmo á la valiente pelea, al punto se acercaron á celebrar la victoria, cantarle la gloria, y ofrecer, como nobles criados, celestial refresco al ilustre Vencedor.

Ahora: bajo del estandarte de tan valeroso Capitán, ¿quien no concebirá espíritus generosos? ¿Quién perderá el ánimo en las tentaciones, viéndolo tentado á su Rey, que quitó las armas de la mano al príncipe de las tinieblas, y puso en cadenas al tirano del mundo? De suerte, que quedó tan aterrado y envilecido, que unas santas y delicadas doncellas tuvieron después aliento para arrojarle con puntapiés, escupirle en la cara, atarle como bruto con cabestros, y ponerle en el yugo, como buey de arado.

Santa Juliana virgen, de poca edad, ató con una cadena al demonio, (RIBADEN. 16. FEB.) que venia á tentarla; y así atado, le llevaba consigo por las calles públicas, para que hiciesen burla de él los pueblos, y con sola una mirada le hacia temblar, como si fuera un vil y cobarde conejo. Bramaba el infernal monstruo y decía: ¡O mi poder perdido! ¡Soy yo aquel principal ministro de Lucifer, que en otro tiempo, con engaños y violencias, vencí y abaté á los Nabucos, los Salomones y los Herodes; y ahora me veo hecho el desprecio y burla de los cristianos y de una rapaza?

Es verdad, que no por eso dejará de asaltar.

nos con todo género de tentaciones; pero sus asaltos serán nuestras victorias, con solo que nosotros tomemos valerosamente las armas para pelear, y miremos bien quién está á nuestro lado por padrino de la batalla, y quién vá por delante de nosotros por capitán de la victoria.

Basta que el cristiano haga reflexion, que Cristo, en el tiempo de las tentaciones, está con él, mirando su fidelidad y su valor, como avisa san Agustin: (IN PSALM. 32.) *Hortatur Christus, ut pugnes; adjuvat, ut vincas; et certantem inspectat, et deficientem sublevat, et vincentem coronat.* Imaginemos, pues, que entonces estamos hechos un espectáculo á Dios, á los ángeles y á toda la corte celestial, que nos mira y atiende. Sucédenos lo que al gran san Antonio Abad, que despues de haber peleado y vencido á los demonios, vió entrar en su cueva al Rey de los ángeles, y oyó que le decia: Antonio, contigo estaba yo en el combate, alegrandome de tus victorias, y preparandote preciosas palmas: haré gloriosísimo tu nombre en el cielo, y sobre la tierra.

Habiendo Jesus salido victorioso del desierto: *Exultavit, ut Gigas, ad currendam viam.* entró en la Palestina á dar principio á la conversion del mundo. De ciudad en ciudad, y de villa en villa corrió haciendo beneficios: *Pertransiit benefacendo,* (ACT. 10.) esparciendo los rayos de sus virtudes, y las gracias de su beneficencia. Empleabase todo en beneficio de los hombres, ya enseñando á los ignorantes, ya consolando los afligidos, ya sustentando milagrosamente los hambrientos desprevenidos, ya curando los enfermos, ya libertando á los oprimidos del demonio; de suerte, que podia decir mejor que Job, que habia con-

tinuamente sido pies al cojo, manos al manco, ojos al ciego, guia al descaminado, alimentador al hambriento, padre á los huérfanos, vida á los muertos. Si se mira su paciencia, ¡cuántas injurias padeció de aquel ingrato pueblo? ¡Cuántas calumnias de los soberbios y viciosos fariseos!

Fué notado como impío, porque atraia los pueblos á Dios; maldecido como sedicioso, porque trataba y comia con los pecadores, para reducirlos á penitencia; oprimido de mil persecuciones, á causa de sus mismos beneficios y milagros, y así con su ejemplo podia dar alientos generosos á los suyos perseguidos; *Non est servus major Domino suo; si me persecuti sunt, et vos persequentur.* (JOAN. 15.) Si atendemos á su piedad, ¡cuántas veces entró en el sagrado templo para adorar á su Eterno Padre? ¡Cuántas noches gastaba en oraciones? *Erat pernoctans in oratione Dei.* Nunca entró en empresa alguna, sin enviar primero delante humildes ruegos al cielo. No perficionó obra, sin que diese las gracias y la gloria á Dios, no por necesidad propia que tuviese, sino por instruccion de sus discipulos: *Oravit Dominus, ut nos orare doceret. Non ut pro se obsecret, sed ut pro me impetret.* (dice san Ambrosio) (IN LUC. 6.) En suma, la vida de Jesucristo fué tan santa, cual debia ser la del Santo de los santos, y Fuente de toda santidad. Escogió un modo de vivir, por una parte tan sublime y lleno de todas las virtudes, que no se puede concebir otro de mayor perfeccion: por otra parte tan comun y familiar, sin rigor alguno extraño, y con amable mansedumbre, que no ahuyentase con la aspereza, sino atraiese con la apacibilidad y agrado; porque vino á ser idea y espejo de la perfeccion Evangélica, y

quiso en todo género de virtudes mostrarse á sí mismo por camino, y decir á sus fieles: *Haec est via, ambulata in ea, et non declinetis, neque ad dexteram, neque ad sinistram.*

§. II.

EXCELENCIAS DE LA DOCTRINA DE CRISTO.

Así como Jesucristo en su santísima vida se llamó camino: *Ego sum via*: así en su infalible doctrina se llama verdad, porque nos conduce en el ejemplo de la una, y el magisterio de la otra á la vida bienaventurada: *Veritas, et vita.*

Grandes obligaciones debemos á Dios, por habernos dado el ser en el tiempo de la Ley Evangélica, y poder beber de la Fuente de la sabiduría encarnada, cuando en la ley antigua se bebía en los arroyuelos de los santos Profetas. Ciertamente, si Filipo, rey de Macedonia, (GELLIO. LIB. 9. CAP. 3.) á par del reino, estimaba que hubiese nacido su hijo Alejandro en tiempo que podía darle por maestro á Aristóteles; ¡cuánto debe preciarse cada uno de nosotros de haber nacido á tiempo de gozar la doctrina de tan divino Maestro? Reconocieron bien tan gran beneficio los príncipes de los Apóstoles: san Pedro, que no sabía apartarse de Jesus, cautivo de sus palabras de vida: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes.* (JOAN. 6.) San Pablo, que tenía por nada todos los tesoros del mundo, en comparación de la doctrina de Cristo: *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi.*

Ahora hagamos cuenta que oímos solamente la primera lección de espíritu, que el celestial Maestro, haciendo cátedra de un monte, enseñó á sus discípulos en aquel admirable sermón, lleno de la flor de la divina Sabiduría. Aquí, dice el Evangelista: *Cum sedisset, aperiens os suum docebat*, se sentó, abrió sus labios, y nos previno con ese aparato, para que supiésemos ser aquella la primera vez que el divino Verbo hablaba por su boca, habiendo en todos los siglos pasados hablado por boca de sus Profetas. Empezó llamando bienaventurados á los pobres de espíritu, y acabó dando el mismo elogio á los que padecen y son perseguidos por la justicia. ¡O doctrina nueva y admirable, cuanto contraría á los dictámenes de apetito y de los sentidos, tanto conforme á las leyes del espíritu!

¡Qué lengua puede explicar, qué entendimiento puede concebir (exclama san Agustín) el lujo y riqueza de celestial sabiduría, que se encierra en estas ocho lecciones de vida bienaventurada? Aquella tan rica pobreza voluntaria, que nos enseñó, para cortar de un solo golpe la raíz de todos los vicios, de todos los cuidados y de todos los trabajos, que es la codicia; aquella mansedumbre de corderos, que arranca del corazón todos los odios, los rencores, las iras y litigios de los hombres; aquellas piadosas lágrimas, con que quede regada el alma, y como bautizada, para que dé frutos de vida eterna; aquella hambre y sed de la justicia, que son las primicias de la gracia, y como las flores, que preceden á los frutos de las virtudes: aquella misericordia, que socorriendo las necesidades ajenas, asegura también el socorro á las propias; aquella limpieza de co-

razon, en que resplandecen los rayos de la divina Luz, como en un tersisimo espejo; aquella paz y concordia con todos, que hace al hombre hijo de Dios; aquella paciencia y aun alegria en las tribulaciones y persecuciones, que eleva al hombre sobre las estrellas del cielo, y le pone en aquella region de paz, adonde no llegan los nublados de este siglo tempestuoso, y desde donde, como desde las alturas del olimpo, mira debajo de sus pies sus borrascas, y los trabajos del mundo.

Veis ahí en un compendio las primeras lecciones de la Sabiduria humanada. Veis aquí en qué definió que consiste la verdadera felicidad. Si somos, pues, tan deseosos de vivir contentos y dichosos, ¿por qué no buscamos el contento y dicha en las fuentes, que delante de los ojos nos ha abierto el Salvador? ¿Acaso nos parece cosa extraña, que la felicidad se halle en la pobreza, el contento en las lágrimas, la dicha en las persecuciones?

Esto seria ya caer en una locura cercana á la infidelidad, porque no es mas artículo de fé el haberse Dios hecho Hombre, que el estar en la pobreza, en las lágrimas, en las persecuciones y trabajos padecidos por Dios, no solo el bien, sino la bienaventuranza. Esta es igualmente doctrina de Cristo. Persuadamouos de ella, y fijemos en nuestros corazones dictámenes contrarios á la estimacion y lenguaje del mundo, que se atreve á contradecir á las verdades eternas del Hijo de Dios, que es el único Maestro de la verdadera Sabiduria: *Magister vester unus est Christus*, y por tal nos le ha concedido el Eterno Padre, cuando en el monte Tabor hizo aquella so-

lemne protesta: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui, ipsum audite.*

De donde, aunque toda la sagrada escritura debe ser oída y reverenciada de nosotros como palabra de Dios; con todo eso debemos mostrar singularisimo respeto y veneracion á lo que Jesucristo nos enseñó por su boca, y tener especial afecto á su doctrina, como le tuvo un san Antonio, que oyendo en la Misa aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, anda y vende lo que posees, y dalo á los pobres, y ven y sigueme, y ganarás un tesoro en el cielo:* al punto ejecutó el consejo de Cristo; como tambien san Francisco, oyendo aquel documento del Salvador á los Apóstoles: *No poseais oro, ni plata, ni dos túnicas, ni dinero, &c.* prontamente siguió aquella Evangélica pobreza. Igualmente san Serapión, leyendo aquella protesta de Cristo: *El que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo,* renunció sus riquezas, hasta despojarse del propio vestido, por darlo á un pobre. Y así, encontrandole un amigo suyo, y preguntandole ¿qué ladron le habia de aquel modo despojado? le respondió, mostrandole el libro de los Evangelios, que únicamente se babia reservado, y le dijo: Veis aquí el ladron que me ha robado hasta el vestido. Esto es oír dignamente la palabra de Cristo. De otra suerte, si los que contravinieron á las órdenes y mandatos, que el Espiritu Santo anunció por medio de los profetas, fueron con tanta severidad castigados, ¿qué pena no debemos justamente temer nosotros, si no hacemos caso de los documentos, que por su boca nos intima el Rey de los ángeles y Maestro de los Profetas?

Mas, ¡ó ignorancia é infidelidad humana! De-

ridentur justi simplicitas. (JOB. 12.) Riense como de locura de la Sabiduria del Salvador, á quien los Profetas dan el apellido de Justo por excelencia: *Justus, et Salvator.* Grita él en su Evangelio: ¡Ay de los ricos! *Vae divitibus.* Dichosos los pobres: *Beati pauperes:* pero el mundo se burla, y no puede persuadirse, que se deba llamar mas feliz el que carece de riquezas. que el que está sobrado y abundante de ellas. Enseña el Salvador, que perdonemos voluntariamente las injurias, y toleremos con paciencia y alegría las persecuciones. Esto empero el mundo lo juzga por vileza y cobardía, contraria á la reputacion y al honor de un espíritu noble.

Predica el Salvador, que la verdadera alegría del corazon consiste en refrenar los apetitos sensuales, y sujetar las pasiones de la carne; pero el mundo lo tiene por estupidéz y melancolia. porque no sabe hallar placer, ni gusto, sino en los encenegados charcos de los deleites de los sentidos. Así hay muchos cristianos, que son otros tantos buhos, que antes del alva están con los ojos abiertos á oír el canto del ruiseñor, sin abrir jamas la boca á imitar un acento; mas apenas viene el primer rayo del sol, y les hiere los ojos, cuando sin hacer caudal del canto, ni atenderle, huyen á esconderse á las tinieblas. Así muchos, es verdad, que oyen la palabra de Dios; pero nunca piensan en cumplir sus preceptos. Y cuando la luz celestial les llega á penetrar el entendimiento ó el corazon, quieren mas quedarse en sus tinieblas: *Venit lux in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem.* (JOAN. 3.)

Y los nombres de mortificacion, humildad, y otras cruces, tan recomendados de Cristo, son mas

aborrecidos, que la muerte á aquellos, que en frase del Apostol, aman mas los deleites, que á Dios: *Magis amatores voluptatum, quam Dei.* ¡Y es esto recibir la doctrina del divino Maestro, que nos envió el Padre *ad dandam scientiam salutis,* á enseñarnos la ciencia de la salvacion? ¡No es esto cerrar con desprecio las orejas en su cara, y hacer como aquellos impios, que dijeron á Dios: Apartate de nosotros, que no queremos saber tus caminos? *Dixerunt Deo: Recede á nobis, scientiam viarum tuarum nolumus.* (JOB. 21.) Es decirle al Salvador: Volveos al cielo, que nosotros ni queremos aprender, ni seguir vuestros documentos: nosotros buscaremos otra senda menos áspera y mas acomodada para ir al paraíso. Otro tanto, á la verdad, dicen á Cristo, no con las palabras, sino con las obras, aquellos cristianos, que siguiendo lo que él manda huír, que son los placeres y honras vanas, huyendo lo que él persuadió seguir, que son las mortificaciones y la verdadera humildad: llevan otro camino totalmente contrario á su enseñanza. ¡Y no he sido yo una de estas ovejas errantes? ¡O cuanto me he apartado del verdadero camino de la salud, por seguir las máximas engañosas de la política humana! Pero ahora, ¡ó divinísimo Maestro! reconozco, que solo vos enseñais el camino de Dios en verdad: *Viam Dei in veritate doces;* que no hay otro rumbo para el cielo, sino el que vos nos mostrais: veisme aquí resuelto á entrar por el camino derecho: *Dirige gressus meos in viam pacis:* alumbrad con mas copiosa luz mi entendimiento; encended con mas ardor mi voluntad; haced que penetre yo bien esta gran verdad, enseñada á vuestro gran siervo Tomás de Kempis, cap. 1. que *Doctrina Chris-*

ti omnes doctrinas Sanctorum praececlit, et qui spiritum haberet, absconditum ibi manna inveniret; la doctrina de Cristo se aventaja á todas las doctrinas de los Santos; y quien tuviese espíritu hallaria en ella un Maná escondido.

§. III.

EJEMPLO.

El devotísimo san Bernardo reparó agudamente, que el instruir de Cristo, y llamar al ejercicio de las virtudes, es una exhortacion, que persuade; un convite, que atrahe; un llamamiento, que obliga; pues no dice *anda*, sino *ven*; no dice *haz*, sino *hagamos*. Así á su celestial Esposa, que es el alma, la dice: *Surge, propera, amica mea, et veni*; levántate, date prisa, y ven conmigo. ¡O cuánta fuerza de atractivo se contiene en aquella voz *veni*, ven! Considerando, que el Salvador quiere ser compañero del alma en el hacer y en el padecer; que quiere siempre ir delante con su ejemplo, para allanarle el camino; que no solo la quiere guiar al monte de la perfeccion, sino darla aliento y espíritu para animarla y reforzarla en todos los pasos. Oigamos al santo Doctor: *Non parum confortat. quod audit, veni, et non vade; per hoc intelligens sponsa, se non tam mitti, quam duci, et secum pariter sponsum esse venturum. Quid enim difficili sibi illo comite, reputet!* (SERM. 58. IN CANTIC.)

Esto se confirma con un maravilloso ejemplo de la V. virgen Reazonica, favorecida de Dios con gracias muy singulares. (IN VIR. CAP. 6.) Esta, por tolerar con generosidad de corazón y ale-

gria de espíritu las mortificaciones y trabajos, había hallado un gran remedio con que hacerlos suaves y amables. Este era pensar, que de esa suerte imitaba á su celestial Esposo, y que no daba paso en el camino real de la santa cruz, donde no hallase alguna huella de los pies de Jesús; el cual, habiendo experimentado todas las penas y tristezas en su santísima Humanidad, todas las había dejado suavizadas y dulces. Con este pensamiento se imaginaba endulzar todas las amarguras de los manjares, echando en ellos una gota de la hiel de Cristo; ablandar la dureza de la cama con ponerle encima la cruz del Salvador; hacer felices y apreciables las persecuciones, con ingerir en ellas la bienaventuranza prometida á los perseguidos por la justicia.

Aprendió esta celestial doctrina de su divino Maestro en una bella leccion de espíritu. Estando un día la bendita virgen en su meditacion, cargada ú oprimida (por decirlo así) de un haz de cruces, vió á Jesucristo lleno de dolores, en modo de caminar como pasajero, que con rostro amable y dulces palabras, le dijo: *Alma mia querida, ven conmigo, que quiero que seas mi compañera en este camino*. Respondió ella al punto: *Veisme aquí pronta, Señor mio: vengo*. Empezó á andar, y no hallaba en la senda lugar donde santar el pie, que no estuviese sino sembrado de espinas y abrojos; mas con animosa violencia, siguiendo á su divino Esposo, no dejaba de pisar y herirse con sangrientas punzadas.

Entonces, volviéndose á ella el Señor, añadió: *Mira bien, ó esposa querida, que sientes bien tu pie donde yo siento el mio, y no te apartes de mis pisadas*. Obedeció ella, y con atentísimos ojos

observó las huellas del divino Pie, y procuró siempre pisar justamente el sitio, que habia pisado el Salvador; y haciendo esto, ya no sentia las punzadas de las espinas; antes le parecia que andaba sobre blandas y delicadas rosas; y siguió hasta el fin á su celestial Esposo, no solamente sin herida, ni molestia en los pies, sino con gran júbilo de corazon. Y así podia decir mejor que el Profeta Job: *Vestigia ejus secutus est pes meus: viam ejus custodivi;* (JOB. 23.) y añadir despues: *Deus mollivit cor meum;* mi pie ha seguido las pisadas de mi Señor: yo he observado y pisado las señas de sus pasos; pero él me ha ablandado y llenado de suavidad y alegría mi corazon.

De aquí aprendió esta gran virgen un bello secreto de celestial Sabiduria, que solia despues enseñar á las almas deseosas de la perfeccion; esto es, que los ejemplos que nos ha dejado el Redentor, no son solamente sendas para encaminarnos á la santidad, son tambien aliento para reforzarnos siempre mas en el camino; y así, quien en las calles, llenas de espinas, de las virtudes, quisiere no sentir las heridas y punzadas de los trabajos y afanes, debe frecuentemente acordarse y hacer reflexion, que Jesus, su capitán, vá delante con su cruz: que padeciendo pobreza, objeciones y trabajos, no solo se observan los documentos del Maestro divino, sino se camina siguiendo la guía del Salvador, que nos conduce á la bienaventuranza.

En suma, debe pensar que Jesucristo, con su santísima vida, pasada toda en humillaciones y trabajos, ha hecho preciosa la pobreza, honrosas las deshonras, amable la penitencia, dulce la amar-

gura, y ligeras las cruces; de suerte, que ya no tienen gran fuerza para poner terror y miedo, ni para atormentar á sus fieles imitadores, como dijo sabiamente Tertuliano, de las espinas embotadas y despuntadas en la Cabeza del Salvador: *Omnes spinarum aculei in Dominici capitis tolerantia obtusi sunt.* (DE CORONA, CAP. 14.)

Lease á Tomás de Kempis lib. 1. cap. 1. De la imitacion de Cristo, y desprecio de todas las vanidades del mundo.